

LA ILÍADA

En la remota ciudad de Ilión, la cual conocemos hoy con el nombre de Troya, hace más de cuarenta siglos tuvo lugar una tremenda y heroica guerra, en la que participaron dioses y hombres por igual. Eran tiempos en los cuales cada ciudad era un reino autónomo, como sus propios jefes y reglamentaciones, y los guerreros más poderosos, muchos de ellos hijos de los mismos olímpicos y de algún mortal, comandaban sus ejércitos en procura de la victoria, la riqueza y la inmortalidad. Los eventos que se narran en *la ilíada* son sólo unos pocos de cuantos sucedieron a lo largo de este enfrentamiento colosal, que tardó más de diez años en resolverse. Tenemos la certeza de que todos los que protagonizaron aquel magnánimo acontecimiento aparecen, con sus virtudes y desventajas, en ese soberbio épico, quizá el más hondo y vibrante de la historia de la humanidad.

Hubo una ocasión en la cual los dioses organizaron una fiesta en el Olimpo. A ella fueron invitadas todas las divinidades, grandes y chicas, sin distinción alguna. Sin embargo, y aquí comienza a trenzarse los hilos de nuestra historia, Zeus Olímpico, el padre y soberano de los dioses, deliberadamente emitió invitar a Éride, la diosa de la discordia. Él no quería que en una ocasión tan feliz degenerara en riñas y conflictos. Pero, no obstante su prudencia y los cuidados con que trató de ocultar su descortesía, la diosa se enteró del desaire y montó en cólera. Sedienta de venganza, fundió una preciosa manzana de oro e inscribió en ella las siguientes palabras: A la más hermosa. Luego la arrojó en el centro de la mesa alrededor de la cual departirían los inmortales. Las reacciones no se hicieron esperar. Todas las diosas se abalanzaron sobre la manzana, reclamándola para sí. Cada una estaba convencida de ser la más bella. Entonces, Éride, diosa de la discordia, satisfecha, se retiró. Una vez más había triunfado.

Zeus trató de controlar la situación. Había adivinado la artimaña de la diosa repudiada. Mas, ante la consumación de los hechos, no tuvo otra alternativa que la de oficiar de árbitro. Una tras otra, las inmortales les fueron siendo eliminadas de la contienda, hasta que sólo quedaron tres de ellas: Hera, la altiva esposa de Zeus; Palas Atenea, la diosa de las artes y la guerra, y la grácil Afrodita, diosa del amor. Pero entonces, ni siquiera el altivo Zeus quiso cargar con la responsabilidad de señalar una ganadora, por no incurrir en la ira de las otras dos rivales. Para ello acudió a los sabios consejos de su hijo y mensajero Hermes, quien se ofreció a solucionar el aprieto. Hermes voló acompañado por las tres deidades hacia el monte Gágaro. Allí encontró a un mortal e insignificante pastor, y decidió encomendarle el peso de aquella pavorosa decisión. Aquel pastor era Paris, el hijo repudiado del rey Príamo, soberano de Ilión.

Cuenta la historia que un poco antes de nacer Paris, el rey Príamo supo por boca de un oráculo que ese hijo estaba cobijado por una funesta estrella: en su juventud, traería la ruina y la destrucción a su palacio y a su pueblo. Horrorizado, el rey encargó a uno de sus servidores la ingrata faena de matar al bebé, para que a predicción no se cumpliera. Sin embargo, el hombre sucumbió a la belleza y a la ternura del recién nacido, lo salvó de la muerte y lo educó en el campo, donde creció fuerte y vigoroso, ignorante del fatal designio.

He aquí que Paris, siendo ya un joven hermoso, se encontraba pastoreando sus ovejas en el monte Gágaro cuando Hermes se presentó ante él, le dio la manzana de oro y la orden divina de juzgar cuál de las tres diosas era la más bella. Paris, sin sospechar que de ese dictamen pendía su destino, vio desfilar a la sublime Hera, a la sobrecogedora Atenea y a la soberbia Afrodita. Fue esta a quien, sin dudarle un instante, le entregó la manzana. Y aunque con esta decisión quizá hizo justicia la belleza y se hizo acreedor de los favores de Afrodita, cargó desde entonces con el odio de las otras dos contrincantes. Su premio fue encontrar y poseer el amor de la mujer más hermosa de la Tierra, Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta. Su castigo fue llevar a cuestas la responsabilidad de haber iniciado una guerra de diez años, tras los cuales, Menelao, asistido por su hermano Agamenón, rey de Argos Micenas, y por una pléyade de caudillos griegos, prendió fuego a Ilión y destruyó el reino de Príamo. De este modo, Hera y Palas Atenea, encarnizadas enemigas de Paris, tuvieron su venganza. Y fue así cómo, pese a las previsiones del rey Príamo, el augurio que caía sobre Paris se cumplió.

Menelao y Agamenón, hijos de Atreo, y por eso llamados Átridas, convocaron en su auxilio, a fin de vengar la ofensa que recaía sobre su casa, a los más poderosos guerreros griegos. Entre ellos se encontraban: Néstor, rey de Picos, sabio y prudente; Idomeneo, rey de Creta; Áyax Telamonio, rey de Salamina; Diomedes, Rey de Calidón; Odiseo, o Ulises, rey de Ítaca, el más sagaz e ingenioso de los griegos; y el divino Aquiles, quien, junto con su entrañable amigo Patroclo, es el verdadero protagonista de la obra.

Los echos narrados en el libro abarcan un lapso que no llega a los dos meses. Se inician cuando el campamento de los griegos llega a Crises, sacerdote troyano del dios Apolo Febo. Éste solicita piedad para su hija Criseida, quien es prisionera del rey Agamenón Átrida. El sacerdote ofrece a Agamenón un espléndido rescate a cambio de su hija, pero sus ofrecimientos y deseos son el hazmerreír de Agamenón. El rey no sólo rechaza la solicitud del dolorido padre, sino que además lo despidе con insultos y amenazas. Crises, transido de dolor, implora la venganza del dios Apolo. El dios escucha el ruego de su sacerdote y dispara sus saetas sobre los hombres y animales del ejército griego, con lo cual provoca una mortífera peste.

Al décimo día, Aquiles, inspirado por Hera, llama a los caudillos a una asamblea y propone que se consulte a un sacerdote. Así, Calcas, el mejor de los adivinos, luego de pedir la protección de Aquiles, señala la humillación y el insulto a Crises como el origen de la calamidad. También determina que sólo mediante la satisfacción plena de los deseos de Apolo y de su sacerdote puede ponerse remedio al desastre. Es forzoso que Agamenón se desprenda de su esclava Criseida y que presente una ofrenda al enojado Apolo. El disgusto de Agamenón es enorme, y aunque admite a regañadientes las peticiones del adivino, exige ser resarcido de su pérdida con otra esclava que lo satisfaga. A la sazón, Aquiles le pide prudencia y le ruega que aplace su deseo de lucro hasta el momento en que caiga Troya. En respuesta, Agamenón lo insulta y amenaza con despojarlo de su esclava Briseida. Aquiles, encolerizado, se retira de la asamblea y decide abandonar la guerra contra los troyanos. Momentos después, a pesar de los consejos de Néstor, Agamenón envía a sus huestes a las tiendas de Aquiles y le arrebat a Briseida. Aquiles invoca a su madre Tetis, diosa del mar, y la suplica que intervenga a favor de los troyanos. Conmovida por la suerte de su hijo, la diosa consigue de Zeus la promesa de favorecer los intereses de Ilíon. En consecuencia, pese a los deseos de Hera, Zeus se interna en los sueños de Agamenón Átrida y dolorosamente le aconseja disponerse al ataque.

Los líderes griegos consiguen mediante una estratagema avivar el decaído ánimo de sus soldados y se aprestan para la batalla. Realizan los sacrificios y organizan la ofensiva. Del otro lado, los troyanos, al mando de Hector, hijo de Príamo, ya han sido alertados y preparan la resistencia. Los dos enormes ejércitos se encuentran frente a frente. Paris se adelanta a las filas y desafía a sus enemigos a una pelea singular, con el fin de evitar infructuosos derramamientos de sangre. Entonces, el ofendido Menelao, creyendo ver la oportunidad de vengar su honor, se ofrece al combate. Paris, al reconocerlo, retrocede y se esconde. Pero su hermano Héctor lo reprende tan duramente por su cobardía que éste, envalentonado, regresa a la lid. Los combatientes establecen la condición de que el vencedor obtenga con su triunfo a Helena y todas sus pertenencias, además de la paz y la amistad de los pueblos enfrentados. Aceptada la proposición y refrendada con la presencia del rey Príamo y la celebración de sacrificios, los contendores se preparan para la acción. Los ojos regocijados de los ejércitos y de la bella Helena siguen las peripecias del enfrentamiento. Paris, pese a las bravatas y entusiasmos lleva la peor parte. Está a punto de perder la contienda cuando Afrodita lo envuelve en la inmensa niebla y lo lleva, junto con Helena, hasta la cámara nupcial. Una vez allí, logra que Helena olvida la cobardía de su amante, y entrega a la pareja a los deleites del amor.

Agamenón considera que la desaparición de Paris equivale a su derrota y exige el cumplimiento de lo convenido. Pero los dioses han decidido otra cosa. Palas Atenea desdice a la Tierra y hace que un soldado troyano dispare una flecha contra Menelao. Esto es considerado una fragante ruptura del acuerdo y se desencadena la más feroz de las batallas. Hombres y dioses se trenzan en sangrientos combates hasta el anochecer. Al día siguiente, se pacta una tregua para rescatar y quemar los cadáveres. Los griegos aprovechan el armisticio para levantar una enorme muralla con el objeto de proteger sus naves.

Al comenzar la batalla, los dioses reciben el mandato enérgico de Zeus de no intervenir, bajo temibles

amenazas. Sin embargo es el mismo Zeus el primero en contradecir sus prohibiciones, y utiliza su poder para auspicar a los troyanos. Al final de la jornada el daño sufrido por los griegos es terrible y su espíritu se encuentra confuso y abatido. Agamenón Átrida propone abandonar la empresa y emprender el regreso a su patria. Diomedes y Néstor repudian la idea y aconsejan acudir a Aquiles; tal vez con su ayuda la fortuna les sería más favorable. Agamenón accede. Sin embargo, a pesar de sus buenas intenciones, de los espléndidos regalos y del juramento de no haberse acercado al lecho de la hermosa Bríseida, Aquiles desdeña las súplicas del rey de los aqueos.

La cruel lucha continúa. Héctor abre una brecha en la muralla de los griegos y avanza y hacia las naves. Pero Hera toma parte. Distrae a su esposo Zeus para que Poseidón, dios del mar, pueda cambiar el curso de la contienda en beneficio de los griegos. Mas Zeus descubre el engaño e inclina nuevamente la balanza a favor de los troyanos. Agamenón y sus aliados están a punto de fallecer. Entonces Patroclo, conmovido por la suerte de los griegos, consigue que su amigo Aquiles le permita comandar las tropas vestido con sus prendas, con el fin de que sus adversarios, engañados, crean combatir con el divino Aquiles y retrocedan. Pero Patroclo olvida las recomendaciones de su amigo. Cegado por el fervor, se adentra demasiado en el territorio enemigo y encuentra la muerte a manos de Héctor. El troyano logra apoderarse de las armas que traía Patroclo, aunque no de su cuerpo, que es rescatado por los griegos. Tras la muerte de Patroclo la ira y el dolor de Aquiles adquieren magnitudes sobrehumanas. Impaciente por la venganza, apenas espera las armas forjadas por Hefesto que su madre Tetis le ha conseguido. Su reaparición en el campo de batalla es estruendosa, y como Zeus ha autorizado a los dioses a tomar partido abiertamente según sus preferencias, los acontecimientos que se desencadenan son prodigiosos.

Los griegos adquieren la ventaja. El furioso Aquiles obliga a caudillos y soldados troyanos a resguardarse detrás de las murallas de la ciudad. Todos se encuentran atemorizados, menos Héctor, quien desoye las voces de sus padres y dispone a presentar batalla. Al final, pese a su valor, su fortaleza, y su heroísmo, Héctor encuentra la muerte. Aquiles desatiende las súplicas del moribundo de permitir el rescate de su cadáver para el entierro. Ata los pies del cuerpo exánime al carro de batalla y emprende el galope a través de la llanura hasta la playa, dejando a toda Troya presa de la amargura y la desesperación.

El cadáver de Héctor asiste boca abajo a los funerales de Patroclo y a los juegos celebrados en su honor. Durante doce días, amarrado al carro de Aquiles, dio varias vueltas alrededor del túmulo mortuario. Entonces, Apolo, que hasta ese momento había impedido el destrozo del cuerpo, eleva sus voces de protesta ante tanta ferocidad innecesaria, y encuentra en Zeus oídos complacientes. Consigue por intermedio de Tetis la voluntad de permitir que Príamo recupere los restos de su hijo, e infunde en el pecho del anciano rey la fuerza necesaria para emprender el doloroso trance. El encuentro se realiza. Aquiles, conmovido, atiende a Príamo como un huésped y lo ayuda a transportar su cadáver. Se declaran once días de tregua para realizar los funerales. Héctor, domador de caballos, recibe las honras de sus padres y hermanos y de todos los troyanos en general. El día décimo de la tregua se queman sus despojos mortales y se realiza en el palacio real el banquete funerario. Así termina *La Ilíada*.